

pre más, como en el arte del destilar acontece, viniese últimamente una doncella á hacer una sangre virginal por todo extremo limpiezima, que fuese materia del cuerpo purísimo sobre todo extremo de Cristo. Y todo aquel artificio viejo, y antiguo fué como un destilatorio, que de un licor puro sacando otro más puro, por medio de fuego y vasos diferentes, llegue á la sutileza, y pureza postrera.

Así que la sangre de la Virgen fué la flor de la sangre, de que se compuso todo el cuerpo de Cristo. Por donde aún en ley de cuerpo, y por parte de su misma materia fué inclinado al bien perfectamente, y del todo. Y no sólo aquesta sangre virginal le compuso mientras estuvo en el vientre sagrado, mas después que salió de él, le mantuvo vuelta en leche en los pechos santísimos. De donde la divina Virgen aplicando á ellos á su Hijo de nuevo, y enclavando en Él los ojos, y mirándole, y siendo mirada de Él dulcemente, encendida, ó á la verdad abrasada en nuevo y castísimo amor, se la daba, si decir se puede, más santa y más pura. Y como se encontraban por los ojos las dos almas bellísimas, y se trocaban los espíritus, que hacen paso por ellos, con los del Hijo deificada la madre más, daba al Hijo más deificada su leche. Y como en la divinidad nace luz del Padre, que es luz, así también cuanto á lo que toca á su cuerpo, nace de pureza, pureza.

Y si esto es cuanto á la materia de que se compone, ¿qué podremos decir por parte del artifice, que le compuso? Porque como los otros cuerpos humanos los componga la virtud del varón, que la madre con su calor contiene en su vientre, en este edificio del santísimo cuerpo de Cristo el Espíritu santo hizo las veces de aquesta virtud, y formó por su mano Él, y sin que interviniese otro ninguno, este cuerpo. Y si son perfectas todas las obras, que Dios hace por sí, ésta que hizo para sí, qué será? Y si el vino que hizo en las bodas fué vino bonísimo, porque sin medio de otra causa le hizo del agua Dios por su poder, á quien toda la materia por indisputa que sea, obedece enteramente sin resistencia; ¿qué pureza, qué limpieza, qué santidad tendrá el cuerpo, que fabricó el infinitamente santo de materia tan santa? Cierto es que le amasó con todo el extremo de limpieza posible: quiero decir,

que le compuso por una parte tan ajeno de toda inclinación, ó principio, ó estreno de vicio, cuanto es ajena de las tinieblas la luz; y por otra tan hábil, tan dispuesto, tan hecho, tan de sí inclinado á todo lo bueno, lo honesto, lo decente, lo virtuoso, lo heróico y divino, cuanto sin dejar de ser cuerpo, en todo género de posibilidad se sufría. Y de esto mismo se ve, cuánto era de su cosecha pura su alma, y de su natural inclinada á toda excelencia de bien, que es la otra fuente de esta inocencia y limpieza, de que platicamos agora. Porque, como sabéis, Juliano, en la filosofía cierta, las almas de los hombre, aunque sean de una especie todas, pero son más perfectas en sí, y en su sustancia unas que otras, por ser de su natural hechas para ser formas de cuerpos, y para vivir en ellos, y obrar por ellos, y darles á ellos el obrar y el vivir. Que como no son todos los cuerpos hábiles en una misma manera, para recibir este influjo y acto del alma; así las almas no son todas de igual virtud y fuerza para ejecutar esta obra, sino medida cada una para el cuerpo que la naturaleza le da.

De manera que cual es la hechura, y compostura y habilidad de los cuerpos, tal es la fuerza y poderío natural para ellos del alma; y según lo que en cada cuerpo, y por el cuerpo puede ser hecho, así cria Dios hecha, y trazada, y ajustada cada alma, que estaría como violentada, si fuese al revés. Y si tuviese más virtud de informar, y dar ser de lo que el cuerpo según su disposición sufre ser informado, no sería nudo natural y suave el del alma y del cuerpo, ni sería su casa del alma la carne fabricada por Dios para su perfección y descanso, sino cárcel para tormento y mazmorra. Y como el artifice que encierra en oro alguna piedra preciosa, la conforma á su engaste; así Dios labra las ánimas y los cuerpos de manera que sean conformes, y no encierra, ni engasta, ni enlaza en un cuerpo duro, y que no puede ser reducido á alguna obra, una ánima muy virtuosa, y muy eficaz para ella: sino pues los casa, aparéalos, y pues quiere que vivan juntos, ordena cómo vivan en paz. Y como vemos en la lista de todo lo que tiene sentido, y en todos sus grados, que según la dureza mayor ó menor de la materia que los compone, y según que está organizada, y como amasada mejor, así tienen unos

animales naturalmente ánima de más alto y perfecto sentido. Que de suyo y en sí misma la ánima de la concha es más torpe que la del pez, y el ánima de las aves, es de más sentido que las de los que viven en el agua; y en la tierra la de las culebras es superior al gusano, y la del perro á los topes, y la de los caballos al buey, y la de los jímios á todos. Y pues vemos en una especie de cuerpos humanos tantas y tan notables diferencias de humores, de complexiones, de hechuras, que con ser de una especie todos, no parecen ser de una masa; justamente dirémos, y será muy conforme á razón, que sus almas por aquella parte que mira á los cuerpos, están hechas en diferencias diversas, y que son de un grado en espíritu, y más y menos perfectas en razón de ser formas.

Pues si hay este respecto y condición en las almas, la de Cristo, fabricada de Dios para ser la del más perfecto cuerpo, y más dispuesto, y más hábil para toda manera de bien, que jamás se compuso, forzosamente dirémos, que de suyo y de su naturaleza misma está dotada sobre todas las otras de maravillosa virtud y fuerza para toda santidad y grandeza; y que no hubo género, ni especie de obras, ó morales ó naturales, perfectas y hermosas, á que así como su cuerpo de Cristo era hábil, así no fuese de suyo valerosa su alma. Y como su cuerpo estaba dispuesto, y fué sujeto naturalmente apto para todo valor; así su alma por la natural perfección y vigor que tenía, aspiró siempre á todo lo excelente y perfecto. Y como aquel cuerpo era de suyo honestísimo y templado de pureza y limpieza; así el alma, que se crió para él era de su cosecha esforzada á lo honesto. Y como la compostura del cuerpo era para mansedumbre dispuesta, así el alma de su misma hechura era mansa y humilde. Y como el cuerpo por el concierto de sus humores era hecha para gravedad y mesura, así el alma de suyo era alta y gravísima. Y como de sus calidades era hábil el cuerpo para lo fuerte y constante, así el alma de su vigor natural era hábil para lo generoso y valiente. Y finalmente, como el cuerpo era hecho para instrumento de todo bien, así el alma tuvo natural habilidad para ser ejecutora de toda grandeza, esto es, tuvo lo sumo en la perfección de toda la latitud de su especie.

Y si por su natural hechura era aquesta sacratísima alma

tan alta y tan hermosa, tan vigorosa y tan buena; qué podremos decir de ella, con lo que en ella la gracia sobrepone y añade? Que si es condición de los bienes del cielo, cualesquiera que ellos sean, mejorar aún en lo natural su sujeto, y la semilla de la gracia en la buena tierra puesta da ciento por uno; en naturales, no sólo tan corregidos, sino tan perfectos de suyo, y tan santos, qué hará tanta gracia? Porque ni hay virtud heroica, ni excelencia divina, ni belleza del cielo, ni dones y grandezas de espíritu, ni ornamento admirable y nunca visto, que no resida en su alma, y no viva en ella sin medida ni tasa. Que, como San Juan dice (Joan., c. III, v. 34), *no le dió Dios con mano limitada su espíritu*. Y como el Apóstol dice (Ad Coloss., c. II, v. 9): *Mora en El la plenitud de la divinidad toda*. Y Isaías (Isai., c. XI, v. 2): *Y reposará sobre él el espíritu del Señor*. Y en el Salmo (Ps. XLIV, v. 9): *Tu Dios te ungió, oh Dios, con unción de alegría sobre todos tus particioneros*. Y con grande razón puso más en él que juntos en todos, pues eran particioneros suyos, esto es, pues había de venir por él á ellos, y habían de ser ricos de sus migajas y sobras. Porque la gracia y la virtud divina que el alma de Cristo atesora, no sólo era mayor en grandeza que las virtudes y gracias fundidas, y hechas una, de todos los que han sido justos, y son agora, y serán adelante; mas es fuente de donde manaron ellas, que no se disminuye enviándolas, y que tiene manantiales tan no agotables y ricos, que en infinitos hombres más, y en infinitos mundos que hubiese, podría derramar en todas excelencia de virtud y justicia, como un abismo verdadero de bien.

Y como aqueste mundo criado, así en lo que se nos viene á los ojos, como en lo que nos encubre su vista, está variado y lleno de todo género, y de toda especie, y diferencias de bienes, así esta divina alma, para quien, y para cuyo servicio esta máquina universal fué criada, y que es sin ninguna duda mejor que ella, y más perfecta, en sí abraza y contiene lo bueno todo, lo perfecto, lo hermoso, lo excelente y lo heroico, lo admirable y divino. Y como el divino Verbo es una imagen del Padre, viva y expresa, que contiene en sí cuantas perfecciones Dios tiene; así esta alma soberana (que como á Él más cercana, y enlazada con Él, y que no sólo de continuo,

mas tan de cerca le mira y se remira en Él, y se espeja, y recibiendo en sí sus resplandores divinos se fecunda, y figura, y viste, y engrandece, y embellece con ellos, y traspassa á sí sus rayos, cuanto es á la criatura posible) le remeda, y se asemeja, y le retrae tan al vivo, que después de Él, que es la imagen cabal, no hay imagen de Dios como el alma de Cristo: y los querubines más altos, y todos juntos y hechos uno los ángeles, son rascaños imperfectos, y sombras oscurisimas y verdaderamente tinieblas en su comparación.

¿Qué diré, pues, de lo que se añade y sigue á esto, que es el lazo que con el Verbo divino tiene, y la personal unión, que ella sola, cuando todo lo demás faltara, es justicia y riqueza inmensa? Porque ayuntándose el Verbo con aquella dichosa ánima, y por ella también con el cuerpo, así la penetra toda, y embebe en sí mismo, que con suma verdad no sólo mora Dios en Él, mas es Dios aquel hombre, y tiene aquella alma en sí todo cuanto Dios es, su ser, su saber, su bondad, su poder; y no solamente en sí lo tiene, mas tan enlazado y tan estrechamente unido consigo misma, que ni puede desprenderse de él ó desenlazarse, ni es posible que mientras de él presa estuviere, ó con él unida en la manera que digo, no viva y se conserve en suma perfección de justicia. Que como el hierro que la fragua enciende, penetrado y poseído del fuego, y que parece otro fuego, siempre que está en la hornaza es y parece así; y si de ella no pudiese salir, no tendría, ni tener podría ni otro parecer, ni otro ser: así lanzada toda aquella feliz humanidad, y sumida en el abismo de Dios, y poseída enteramente, y penetrada por todos sus porós de aquel fuego divino, y firmado con no mudable ley que ha de ser así siempre, es un hombre que es Dios, y un hombre que será Dios, cuanto Dios fuere, y cuanto está lejos de no lo ser, tanto está apartado de no tener en su alma toda inocencia, y rectitud, y justicia.

Que como ella es medianera entre Dios y su cuerpo, porque con él se ayunta Dios por medio del alma; y como los medios comunican siempre con los extremos y tienen algo de la naturaleza de ambos: por eso el alma de Cristo, que como forma de la carne dice con ella, y se le avecina y allega; como mente criada para unirse y enlazarse con Dios, y para

recibir en sí y derivar de sí en su cuerpo, así natural como místico, los influjos de la divinidad, fué necesario se asemejase á Dios, y se levantase en bondad y justicia, más ella sola, que juntas las criaturas; y convino que fuese un espejo de bien, y un dechado de aquella suma bondad, y un sol encendido y lleno de aquel sol de justicia, y una luz de luz, y un resplandor de resplandor, y un piélagos de bellezas cejado de un abismo bellissimo. Y rodeado y enriquecido con toda aquesta hermosura, y justicia, é inocencia, y mansedumbre nuestro santo CORDERO, como tal, y para serlo cabalmente y del todo, se hizo nuestro único y perfecto sacrificio, aceptando y padeciendo, por darnos justicia y vida, muerte afrentosa en la cruz. En que se ofrece á la lengua infinito, mas digamos sólo el cómo fué sacrificio y la forma de aquesta expiación. Que cuando San Juan de este CORDERO dice (Joan., c. 1, v. 29), *que quita los pecados del mundo*, no solamente dice que los quita, sino que según la fuerza de la propia palabra, así los quita de nosotros, que los carga sobre sí mismo, y los hace como suyos, para ser Él castigado por ellos, y que quedásemos libres. De manera, que cuanto al cómo fué sacrificio, decimos, que lo fué no solamente padeciendo por nuestros pecados, sino tomando primero á nosotros y á nuestros pecados en sí, y juntándolos consigo, y cargándose de ellos, para que padeciendo Él padeciesen los que con él estaban juntos y fuesen allí castigados. En que es gran maravilla, que si padeciéramos en nosotros mismos, doliéranos mucho, y valiéranos poco. Y más, como acaece á los árboles que son sin fruto en el suelo do nacen, y transplantados de él fructifican; así nosotros traspassados en Cristo morimos sin pena y fuémos fructuosa la muerte. Que la maldad de nuestra culpa había pasado tan adelante en nosotros, y extendiéndose, y cundido tanto en el alma, que lo tenía estéril todo é inútil, y no se quitaba la culpa sino pagando la pena, y la pena era muerte.

De manera que por una parte nos convenía morir, y por otra, siendo nuestra, era inútil la muerte, y así fue necesario, no sólo que otro muriese, sino también que muriésemos nosotros en otro que fuese tal y tan justo, que por ser en Él tuviese tanto valor nuestra muerte, que nos acarrease la vida.

Y como esto era necesario, así fué lo primero que hizo el CORDERO en sí, para ser propiamente nuestro sacrificio. Que como en la ley vieja (Levit. , c. xvi, v. 21), sobre la cabeza de aquel animal, con que limpiaba sus pecados el pueblo, en nombre de él ponía las manos el sacerdote, y decía que cargaba en ella todo lo que su gente pecaba: así Él, porque era también sacerdote, puso sobre sí mismo las culpas y las personas culpadas, y las ayuntó con su alma, como en lo pasado se dijo (1), por una manera de unión espiritual é inefable con que suele Dios juntar muchos en uno, de que los hombres espirituales tienen mucha noticia. Con la cual unión encerró Dios en la humanidad de su Hijo á los que según su ser natural estaban de ella muy fuera, y los hizo tan unos con Él, que se comunicaron entre sí, y á veces sus males, y sus bienes, y sus condiciones, y muriendo Él, morimos de fuerza nosotros, y padeciendo el CORDERO, padecemos en Él, y pagamos la pena que debíamos por nuestros pecados: los cuales pecados, juntándonos Cristo consigo por la manera que he dicho, los hizo como suyos propios, según que en el Salmo dice (Ps. xxi, v. 1.) *Cuan lejos de mi salud las voces de mis delitos.* Que llama delitos suyos los nuestros, porque de hecho así á ellos, como á los autores de ellos tenía sobre los hombros puestos, y tan allegados á sí mismo, y tan juntos, que se le pegaron las culpas de ellos, y le sujetaron al azote, y al castigo, y á la sentencia contra ellos dada por la justicia divina. Y pudo tener en Él asiento, lo que no podía ser hecho, ni obrado por Él. En que se consideran con nueva maravilla dos cosas, la fuerza del amor, y la grandeza de la pena y dolor. El amor, que pudo en un sujeto juntar los extremos de justicia y de culpa: la pena, que nacería en un alma tan limpia, cuando vió no solamente vecina, sino tan por suya tanta culpa y torpeza. Que sin duda, si bien se considera, veremos ser ésta una de las mayores penas de Cristo: y si no me engaño, de dos causas que le pusieron en agonía, y en sudor de sangre en el huerto, fué ésta la una.

Porque dejando aparte el ejército de dolores que se le puso delante, y la fuerza que en vencerlos puso, de que dijimos

(1) Véase el Nombre de *Padre*.

arriba (1), qué sentimiento sería, ¿qué digo sentimiento? qué congoja, qué ansia, qué vasca, cuando el que es en sí la misma santidad y limpieza, y el que conoce la fealdad del pecado, cuanto conocida ser puede, y el que la aborrece, y desama cuanto ama su justicia, y cuanto, á Dios mismo, á quien ama con amor infinito vió que tanta muchedumbre de culpas, cuantas son todas las que desde el principio hasta la fin cometen los hombres, tan graves, tan enormes, tan feas, y con tantos modos, y figuras torpes y horribles, se le entraban por su casa, y se le avvicinaban al alma, y la cercaban y rodeaban, y cargaban sobre ella, y verdaderamente se le apegaban, y hacían como suyas sin serlo, ni haberlo podido ser? ¿Qué agonía, y que tormento tan grande, quien aborreció tanto este mal, y quien veía á los ojos, cuanto de Dios aborrecido era y huido, verse de él tan cargado; y verse leproso, el que en ese mismo tiempo era la salud de la lepra; y como vestido de injusticia y maldad, el que en ese mismo tiempo es justicia; y herido y azotado, y como desechado de Dios, el que en esa misma hora sanaba las heridas nuestras, y era el descanso del Padre? Así que fué caso de terrible congoja el unir consigo Cristo purísimo, inocentísimo, y justísimo tantos pecadores y culpas, y el vestirse tal Rey, de tanta dignidad, de nuestra vejez y vileza.

Y eso mismo que fué hacerse CORDERO de sacrificio, y poner en sí las condiciones y cualidades debidas al CORDERO, que sacrificado limpiaba, fué en cierta manera un gran sacrificio: y disponiéndose para ser sacrificado, se sacrificaba de hecho con el fuego de la congoja que de tan contrarios extremos en su alma nacía: y ántes de subir á la cruz, le era cruz esa misma carga, que para subir á ella sobre sus hombros ponía. Y subido y enclavado en ella, no le rasgaban tanto, ni lastimaban sus tiernas carnes los clavos, cuanto le traspasaban con pena el corazón la muchedumbre de malvados y de maldades, que ayuntados consigo, y sobre sus hombros tenía: y le era menos tormento el desatarse su cuerpo, que el ayuntarse en el mismo templo de la santidad tanta y tan grande torpeza. A la cual por una parte su santa ánima la abrazaba y recogía

(1) Nombre de *Rey*.

en sí, para deshacerla por el infinito amor que nos tiene; y por otra esquivaba, y rehuía su vecindad, y su vista movido de su infinita limpieza: y así peleaba, y agonizaba, y ardía como sacrificio aceptísimo, y en el fuego de su pena consumía eso mismo que con su vecindad le penaba, así como lavaba con la sangre, que por tantos vertía, esas mismas mancillas que la vertían, á que, como si fueran propias, dió entrada y asiento en su casa. De suerte que ardiendo Él, ardieron en Él nuestras culpas. y bañándose su cuerpo de sangre, se bañaron en sangre los pecadores, y muriendo el CORDERO, todos los que estaban en Él por la misma razón pagaron lo que el rigor de la ley requería. Que como fué justo que la comida de Adám, porque en sí nos tenía, fuese comida nuestra, y que su pecado fuese nuestro pecado, y que emponzoñándose él, nos emponzoñásemos todos: así fué justísimo que ardiendo en la ara de la cruz, y sacrificándose este dulce CORDERO, en quien estaban encerrados, y como hechos uno todos los suyos, cuanto es de su parte, quedasen abrasados todos y limpios. De lo cual, Juliano, veréis con cuánta razón se llama Cristo CORDERO, que fué lo que al principio declarar propuse, y según lo mucho que hay que decir, he declarado algún tanto. Pasemos si os parece, al nombre de AMADO, que pues tan agradable le fué á Dios el sacrificio de nuestro santo CORDERO, sin duda fué AMADO, y lo es por extraordinaria manera.—Viendo Marcelo, que daban muestras los dos de gustar, que pasase adelante, cobrando un poco de aliento prosiguió diciendo. Digo pues que es llamado Cristo el AMADO, etc.

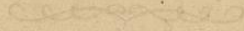


LA PERFECTA

CASADA,

POR EL M. FR. LUIS DE LEON,

DE LA ORDEN DE SAN AGUSTIN.



Ví por orden de los Señores del Consejo de su Majestad el libro de la Perfecta Casada, que compuso el muy reverendo y doctísimo Padre Maestro Fray Luis de León, de la Orden de San Agustín, y me parece que no tiene cosa contra la fe, ni contra las buenas costumbres, sino mucha y muy buena doctrina para los casados: y así es digno que se imprima, para que todos gocen de él. Fecha en nuestro colegio de la Compañía de Jesús, en Madrid á veinte de Abril 1583.

Francisco Portocarrero.

ADVERTENCIA.

Ninguna de las obras del Maestro Fray Luis de León se ha reimpresso tantas veces como la *Perfecta Casada*: prueba de la estimación que siempre ha merecido del público. Salió al principio unida á los *Nombres de Cristo*, y así continuó en las cinco primeras ediciones que se hicieron desde el año de 1583, hasta el de 1603. Mas adelante en el de 1632 se publicó separadamente en Madrid por el impresor Juan Gonzalez en un tomo en 4.º ilustrada con algunas notas de Fray Juan de Jesús María, quien la dedicó á la muy ilustré señora Doña Lucrecia de Palafox, Marquesa de Guadaleste. Esta se dice *tercera edición*, debiendo llamarse *sexta*; á no ser que haga relación á otras de la misma obra separada, de que no tenemos noticia.

Posteriormente el año 1765 se hizo otra impresión, que se llama *sexta*, en Valencia por Salvador Faulí, *nuevamente ilustrada y corregida por Fray Luis Galiana, de la Orden de Santo Domingo*. Según nuestra cuenta fué esta la *séptima edición*, la que se repitió en la misma forma en la Imprenta Real año de 1736, y últimamente en la de Don Antonio Espinosa el año de 1799.

Como el fin que nos hemos propuesto en esta Colección, es dar las obras del Maestro León puras y correctas, según salieron de sus manos; y la mejor edición de la *Perfecta Casada* es la tercera hecha en Salamanca con los *Nombres de Cristo* el año de 1587 por Guillermo Foquel en vida del Autor y á su presencia, según se puede creer; con esta nos habemos conformado en todo. La ponemos también á continuación de los *Nombres de Cristo*, porque en el Prólogo al libro tercero se satisface á los reparos que algunos con poca reflexión pusieron á esta obra, como puede verse en este tomo III, págs. 273 y 276.